

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*Blanca de Castilla*, por D.^a Angela Grassi.—*La Mujer* (poesía), por D. Pedro María Barrera.—*La Hermosura del alma* (conclusion), por D.^a Micaela de Silva.—*A una Niña* (poesía), por D. A. F. Grilo.—*Variedades*, por N.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin de Modas*, núm. 824.—*Figurin de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patrones*.

REVISTA DE MODAS.



ODOS los años por esta época reina gran actividad en los obradores de nuestras mejores modistas, á causa de los infinitos pedidos que de los puertos y establecimientos de baños, vienen á Madrid, solicitando nuevos trajes que en aquellas reuniones reemplacen á los que se han lucido muchas veces. En otras ocasiones el deseo alcanza á mas, á variar formas y adornos á los ya vistos, que vuelven á salir transformados y desconocidos de las manos de una hábil modista.

¡Permite tanto la Moda actual! ¡Ofrece tan vasto campo al género de la invencion! Mil veces basta un accesorio cualquiera para presentar como nuevo un traje ya visto, y otras, un atavío lleno de originalidad, desconocido, sale armado de punta en blanco de la imaginacion de una modista, como Minerva de la cabeza de Júpiter. La que obtiene este don de la fortuna entona el grito de la victoria... por tres dias! Es lo mas que puede hacerse aguardar otra novedad que cause sensacion.

Para estos trajes de reunion en los baños domina como siempre mas el gusto que la riqueza, y se han enviado algunos de tul con cintas de color en las costuras, sujetas de trecho en trecho, y flotantes de abajo: otros se adornan en el mismo género con guirnalda de flores ó de musgo, y algunos en *gasa marquesa*, se han sembrado de pequeñísimos grupos de flores. Los cuerpos de estos trajes son por lo general á la griega, escotados y sin mangas: alguno se ha intentado en tul, con *peplum*

moteado de perlas y orillado de fleco de pluma. El aspecto de este traje es tan severo, tan distinguido, que no nos atrevemos á recomendarle mas que á personas de cuerpo esbelto, y que tengan gran tacto para vestir: su severidad exige gran armonía en los accesorios, y su carácter clásico no conviene á todas las figuras ni á todas las maneras.

En los trajes de calle apenas ha habido variacion desde nuestra última reseña, y solo el paletot sufre alguna modificacion en sus aldetas, haciéndose ya de picos, ya cuadradas, ya abiertas en las costuras, y unidas por presillas ó enrejado de cordon con borlas.

En cambio es perderse en la nomenclatura de los sombreros, y si se escribieran todos sus nombres de actualidad en letras de tamaño ordinario, abultarian sus nombres mas que cualquiera de ellos. Sus novedades se suceden con una rapidez desoladora, y cuando ya se imagina agotada la inventiva, se encuentra uno con nuevos modelos que admirar! Ya tenemos el sombrero de Agosto. Preparémonos al bautizo del de Setiembre!

En trajes de campo reina la misma graciosa coquetería á que tanto se presta el traje corto, habiendo sido consecuencia inmediata suya el uso del zapato Luis XV, zapato bajo con gran tacon y hebilla, á que nuestras compatriotas se han mostrado siempre aficionadas. Hoy se va generalizando su uso con media de seda calada ó con cuchillo de color para trajes de capricho. Este calzado no puede convenir de ningun modo mas que para acompañar á esos trajes de campo que se lucen en los jardines de la Granja ó

del Escorial, adoptándose la bota imperial para paseos por la playa ó por el campo. Otra cosa sería invertir el orden natural, y caer en un lastimoso error.

Para precisar mas los detalles que en conjunto dejamos espuestos, vamos ahora á reseñar un traje de campo, otro de calle y otro de niña, dignos de llamar la atencion por su novedad, atendiendo con ellos á todos los gustos.

El traje de *campo* (figurin 824) se compone de enagua y falda de linon estampado, fondo blanco con lunares malva, la primera corta y orillada por un biés de seda malva, ondeado por arriba; la segunda queda aun mas corta que la primera, adornada de un biés estrecho, puesto á ondas, que sube por los lados, ocupando el ángulo caidas de linon orilladas de biés y terminadas por fleco blanco y malva. Rotonda corta, de igual tela y adorno, mas larga de los lados, figurando manga, adornada en el hombro y la espalda por lazos y caidas del mismo linon, le completan. *Sombrero batelera*, redondo, de paja de Florencia, adornado de cinta malva y pluma blanca, acompaña á este traje, y botas imperiales negras.

El traje de paseo es de seda verde agua, y lleva la falda lisa y nesgada á la Emperatriz, patron que

ya han recibido nuestras lectoras; el cuerpo, sin mangas y de escote cuadrado, baja en aldeta aguda por delante y mas largo por detrás, abierta en las costuras y unida por un enrejado de cordon blanco, que remata en largos cabos con borlas. Completa el vestido una camiseta alta de nanzouk, siguiendo el escote un biés de seda verde, y adornando su manga blanca un lazo verde de cordon con borlas en el hombro, y dos bieses verdes en el bajo. *Sombrero tyreis* de tul verde con corona de miosotis al borde y bridas blancas. *Sombrilla* de seda verde con fleco de pluma blanca.

Para niña nada mas caprichoso que un traje húngaro, con chaquetilla de cahemir grana, adornada con terciopelos negros y botones de acero, sin mangas, marcando el talle, y con aldeta aguda por delante y por detrás: esta chaquetilla, que junta solo del cuello, va sobre un traje de muselina blanca con volante al canto, jaretitas encima formando picos, cuerpo alto, con cinturon, y manga corta de bullon. Un *gorrito* de castor blanco con biés grana, sobre el que van cabos de cinta de terciopelo, sujetos con botones de acero y plumas encarnadas completa este traje gracioso y lleno de originalidad, como le exigen los primeros años.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

BLANCA DE CASTILLA.

El cuidado de una buena reputacion ha de ser uno de los primeros y mayores cuidados del hombre, y el que vive en sociedad debe rendirla un sincero homenaje de sumision y deferencia, acatando sus juicios y procurando que las apariencias nunca sirvan de escándalo ajeno, ni puedan poner en duda la santidad de su conducta.

Sin embargo, entre el pusilánime ¿qué dirán? y el cínico ¿qué se me da á mí! hay un medio justo y prudente que debe adoptar el que es sensato.

De espíritus pequeños y mezquinos es amedrentarse por las cosas mas triviales, convertir en fantasmas las sombras mas pequeñas, y consultar siempre los rostros ajenos para arreglar á su movible espresion cada una de sus acciones.

Esos espíritus apocados y excesivamente timoratos, suelen convertirse en seres insignificantes, que si no practican el mal, tampoco son aptos para el bien.

Es preciso que el hombre tenga el valor de sus opiniones cuando las crea justas, y la fé necesaria para caminar derecho hácia el fin que se ha propuesto.

Digno del mayor respeto es el tribunal del mundo, pero encima de este tribunal está el de nuestra conciencia, está el de Dios, que es la justicia misma, y al cual nada se oculta.

Muchas, mnchísimas almas nobles y rectas, no han llevado á cabo las buenas obras que debieran por dar oídos á las hablillas del vulgo, por no chocar con ciertos hábitos pueriles, por no oponerse á mezquinas y rancias preocupaciones.

Al mundo se le debe considerar como á un monarca poderoso, y acatarle con la digna reverencia con que acata á su rey el honrado y libre ciudadano, pero no con la servil abyeccion del esclavo, que besa sus cadenas.

El que cumple con sus deberes, el que sigue un camino recto, el que sabe que es noble el fin al cual se dirige, no debe asustarse ni retroceder porque oiga en su derredor los malévolos comentarios de los que no pueden ni quieren comprenderle, así como el marino, fijos los ojos en la brújula salvadora, no se desconcierta ni retrocede, porque oiga el bramido de los vientos, ni el murmurio de las olas que se levantan hasta el cielo.

Se ha dicho que la calumnia siempre deja en pos de sí una mancha indeleble; pero cuando la calumnia carece de

todo fundamento, cuando es noble y digna la conducta que se la opone, la palabra maldiciente acaba por resolverse en humo y disiparse en el aire como se disipan en el aire los vapores de la noche, así que el sol muestra sobre el horizonte su faz esplendorosa.

Ninguna mujer en el mundo fué mas combatida por los punzantes dardos de la calumnia, que la insigne D.^a Blanca de Castilla, madre de San Luis, rey de Francia; ninguna ha legado á los siglos posteriores una memoria mas santa é inmaculada.

Murió Luis VIII á los 39 años de edad, dejando á su hijo de 12, bajo la tutela de su esposa, y ésta que, dulce, modesta y sencilla, habia permanecido constantemente alejada de los negocios del Estado y de las turbulencias del mundo, hallóse de pronto con un cetro en la mano, teniendo que gobernar á un país inquieto, en medio de una corte corrompida y rodeada de Grandes altivos y revoltosos, que creían que bajo el imperio de una débil mujer podrian volver á recobrar su importancia primitiva.

«La regencia de esta princesa, en circunstancias tan difíciles, dicen todos los historiadores á la par, hizo honor á su sexo; fué enérgica y política al mismo tiempo, y dirigia los sucesos con la calma y sabia prevision del que es superior á ellos.»

Supo tener á raya á los turbulentos señores, reprimiendo á los unos con la fuerza; ganando á los otros por medio de la suavidad y la mansedumbre.

Mantuvo la paz interior y exterior, procuró aliviar las cargas de los pueblos, entronizó á la justicia y estirpó con mano firme los abusos.

Pero todo esto no pudo hacerlo sin suscitarse muchos enemigos, que ya que no pudieran esgrimir otras armas para vengarse, esgrimieron las de la detraccion y la calumnia.

Tenia Blanca 40 años, y era hermosa todavía. Tíbaldo, conde de Champagne, concibió una violenta pasión por ella, y la hizo la corte con una asiduidad indecible. La reina comprendió los inmensos peligros que hubiera podido acarrear á su hijo y al Estado el enemistarse con un señor tan poderoso, y procuró contemporizar con él, sin chocar abiertamente.

¡No necesitó mas pretextos la maledicencia para ensañarse en su honra!

Mas tarde, mostró suma deferencia á los consejos de un legado del Papa, y le admitió en su intimidad, porque así convenia á la política del momento, y aquel fué otro motivo para que la murmuracion se entretuviese en hacer perdidos y odiosos comentarios.

Educaba á su hijo con grande piedad y en los preceptos de la virtud mas severa, y no tardaron en propalar que queria hacer del niño un monje en vez de un rey, con objeto de gobernar en su nombre.

Blanca, puesta toda su esperanza en Dios, teniendo por único guia y juez á su conciencia, cerró los ojos y los oídos á calumnias y consejos, y avanzó intrépidamente en su camino.

«No ha habido otra reina, dice un historiador contemporáneo suyo, que tan indiferente se mostrase á las necias hablillas del vulgo, pero los suecos la justificaron mucho

mas que cuantas medidas hubiera podido tomar para imponerles silencio.»

Sus detractores reservaron, sin embargo, á su vez la mas envenenada de todas sus saetas.

Luis IX se casó muy joven, y temiendo Blanca que los caprichos de una esposa, joven tambien é inesperta, le desviasen de la senda de las virtudes, procuró intervenir algun tanto en el matrimonio, guiándolos á ambos con sus prudentes consejos, de lo cual tomaron ocasion los maldicientes para decir que la madre temia que su nuera llegase á tomar demasiado imperio sobre el corazón de su marido, á quien ella queria sujetar y dominar á su antojo.

Dió cuerpo y fuerza á estas vanas habladurías la ambicion de los grandes, que de su propio acuerdo se dividieron en dos bandos, agrupándose los unos en derredor del joven Rey y su esposa, y los otros de la Reina madre. De esta division nacieron la saña, la competencia y la envidia, queriendo cada cual hacerse necesario y brillar en primer término en su partido, y valiéndose para ello de las intrigas, de la difamacion y la impostura.

Pronto la paz, inalterable hasta entonces, dejó de reinar en el palacio régio, y la inocente esposa de Luis fué la primera que cayó en el malévolo lazo, enarbolando la bandera funesta de la discordia.

¡Oh! ¡cuántas, cuántas lágrimas debió verter la infortunada Blanca, viendo calumniado su santo afecto de madre; viendo perdidos los afanes de toda su existencia!

Cuentan que una noche, retirada á lo solitario de su estancia, y postrada delante de la imagen de una Virgen dolorosa, exclamaba entre lágrimas y suspiros.—¡Ay de mí! ¡ay de mí triste! ¡Pude sufrir con resignacion que me motejaran como mujer, atribuyéndome infames galanteos; pude sufrir que me tildasen como Reina, atribuyéndome ambiciosas miras; pero calumniarme como madre, levantar entre mi hijo y yo una montaña de hielo, ¡oh! esto no puede sufrirlo mi corazón, no, Virgen mia, no puede!

¡Oh, Madre de los que lloran, haz un milagro en mi favor! Tú, que lees en mi alma, haz que él tambien pueda leer toda la pureza, toda la santidad del amor que le profeso!

¿Fué la Virgen la que condujo allí al joven Rey en hora tan desusada? ¿Fué la Madre dolorosa la que quiso consolar á otra madre dolorida?

La servidumbre de Blanca aseguró que Luis habia llegado hasta su aposento, se habia detenido en su dintel, y habia vuelto á retirarse enjugándose las lágrimas.

Fuera de esto lo que fuese, lo cierto es que al dia siguiente el Rey convidó á su corte para una solemne ceremonia. Cuando los palaciegos estuvieron reunidos en la sala régia, Luis entró revestido con la púrpura real, la corona en la frente, el cetro en la mano, y subió al trono, en compañía de su esposa, ataviada con la misma pompa.

Así que se hubo sentado, mandó llamar á su madre.

Al cabo de pocos instantes, y en medio de los murmullos de los cortesanos, sorprendidos con tan estraña escena, apareció Blanca, vestida de negro, y con el dolor impreso en el semblante.

Venia temerosa de lo que iba á suceder, pero su temor duró solo un momento.

—¡Madre y señora! exclamó el santo Rey con voz conmovida: ¡en vano la malevolencia ha querido turbar la concordia de nuestros corazones! ¡La sabiduría de vuestro gobierno y la excelencia de la educación que de vos he recibido, me han inspirado una confianza tal en vuestra sabiduría, y una estimación tan grande por las bellas virtudes que os adornan, que os ruego que me ayudeis á sostener las riendas del gobierno como durante mis juveniles años! Y por esto, la primera manifestación de mi poder real, he querido que fuese un homenaje de gratitud hacia aquella á quien todo lo debo: ¡la vida del cuerpo y la vida de mi alma!

Dijo Luis, bajó del trono con su esposa, puso en la frente de su madre la diadema, en sus manos el cetro, y la obligó á subir al trono, permaneciendo él y su mujer arrodillados, como los últimos de los vasallos.

¡Dios sabe únicamente cuán inmenso fué el júbilo de Blanca; solo el ángel malo pudo comprender toda la rabia, la confusión y la vergüenza de los burlados cortesanos!

Aquel mentís solemne, dado por el monarca á la calumnia y la impostura, fué tan elocuente, que nunca jamás la maledicencia volvió á empañar el clarísimo nombre de la Reina.

¡Había sembrado virtud en el alma de su hijo, y recogía abundante cosecha de virtudes!

Por lo demás, la educación que los palaciegos llamaban monacal, no hizo á Luis ni débil ni tirano, porque era devoto sin ser supersticioso. Protegía al clero, pero no se de-

jaba dominar por él. Respetaba la autoridad de los Sumos Pontífices, pero sabía distinguir entre el sacerdocio y el imperio. Todo el rigor con que le educaron en los principios religiosos, sirvió para hacerle inflexible en los principios de justicia.

La administraba como los Patriarcas antiguos, debajo de una encina que crecía á la puerta de su palacio, y cuya sombra defendía á los clientes de los rayos del sol ó de la lluvia.

Era tan grande la fama de su rectitud, que los señores ingleses, cuando se trató de decidir entre ellos y su Rey, tomaron por árbitros á San Luis, y se sometieron á su fallo.

La devoción, lejos de apocar su espíritu, no hizo mas que ilustrarle, y de él dimanaban aquellas admirables instituciones civiles, que convirtieron á la Francia en un país poderoso y floreciente.

Sus instrucciones á su hijo Felipe, son un modelo de lo que debe saber un Príncipe.

En una palabra, como Rey, fué un monarca grande, justo y compasivo; como guerrero fué valiente sin jactancia; como ciudadano, buen hijo, buen padre y buen esposo.

¡Bendita la que supo dar un sér de tal valía á la patria! Luis mereció además el sobrenombre de *Santo* con que le venera la Iglesia, y Blanca, el de la mejor de las reinas, el de la mas prudente y sabia de las madres!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LA MUJER.

Eres, mujer, un fanal
Trasparente de hermosura.
Espronceda.

Como la virgen perla de rocío
Que al cáliz de la flor esmalte dá;
Como la esencia líquida guardada
En búcaro oriental;

Como encaje sutil de filigrana
De menuda y bellísima labor;
Como el cristal de trasparente lago
Que el cierzo no agitó;

Como del sol, al declinar la tarde,
Entre celages cándidos, la luz;
Como del alba la primer sonrisa,
Mujer, así eres tú.

Yo he visto del rocío muchas perlas
Que rodaron del cáliz de la flor,
Y el polvo, apresurándose á beberlas,
En cieno las trocó.

Filigranas y búcaros labrados
Á un leve choque destrozarse ví,
Y faltaron la esencia y los calados
De oro puro de Ophir.

Yo he visto al huracán lienzos de arena
Sobre lago limpiísimo extender,
Y aquella superficie, antes serena,
Perdió su limpidez.

Ver quise los flotantes pabellones
Que borda en los crepúsculos el sol,
Y en cortinas de negros nubarrones
Mi vista se perdió.

Huye, mujer del vicio que te adula
Exigiendo por precio tu virtud;
Huye, y del ángel ceñirás ufana
La túnica de luz.

Recuerda que las perlas del rocío,
Que al cáliz de la flor esmalte dan,
Cuando en el polvo las arroja el viento,
Son cieno nada mas.

Y los áureos encajes caprichosos
Y del labrado búcaro el primor,
Se truecan en pedazos, como el frágil
Cristal de una ilusión.

Recuerda que del lago trasparente,
Donde se mira el cielo con placer,
Brotó, cual de pantano cenagoso,
La impura fetidez.

Recuerda que del alba y de la tarde
La misteriosa luz crepuscular,
Tras el sudario de tupidas nubes
Á veces morirá.
Así serás como sagrado templo
En que se rinde culto á la virtud;
Así del ángel ceñirás ufana
La túnica de luz.

PEDRO MARÍA BARRERA.

LA HERMOSURA DEL ALMA.

(CONCLUSION.)

XXII.

Por fin voy á ser dueña de mis acciones... exclamó Paulina, cuando la muerte vino á romper el yugo de su esclavitud librándola de un dueño aborrecido. Paulina era madre de una niña tan fea como su padre, niña que abandonó por completo á los cuidados de la nodriza, y despues á los de su abuela. Para vivir á sus anchas y pasar los inviernos en París, corriendo de una diversion en otra, la pobre niña era un estorbo.

Madama de Adhemar, cuyo juicio habia madurado con el tiempo y los pesares, no quiso volver á las andadas, y fuese á vivir con su hermano, cuya vejez se deslizaba serena y feliz entre sus hijos y sus buenos amigos los Montbrison.

¡Qué cortas parecían en aquella tertulia las noches del invierno! El doctor y Valency habian tomado por su cuenta el instruir á los niños deleitándolos, y las dóciles criaturas estaban pendientes de sus lábios, mientras el uno les contaba la historia de sus largos viajes, mezclada con útiles observaciones y alegres chascarrillos, y el otro les daba á conocer los secretos maravillosos de la historia natural, y el poder infinito del Hacedor de tantas maravillas.

Mad. de Adhemar, cuya instruccion era muy corta, no era la que menos atendía, escuchándoles con tanto gusto y aprovechamiento, que á sus ojos el mundo adquiría un aspecto bajo el cual nunca le habia contemplado... Entonces conoció las ventajas de la instruccion, que bastan por sí solas para que se nos haga soportable la soledad y la vejez.

La de Mad. de Adhemar, gracias á la bondad de sus parientes, no fué tan desdichada como lo hubiera sido al lado de su hija... Matilde la honraba y la quería: su hermano era la misma indulgencia; los Montbrison, los hermanos Dalirg, Enriqueta y los niños respetaban sus años y sus penas; la pequeña Emilia, fea y todo, era el idolillo de su abuela, y mas de una vez decia:

—¡Querida niña!... Gracias á Dios... no te pareces en lo hermosa y arrogante á quien yo sé... Serás fea como tu padre... pero aquí aprenderás á ser buena y amable como tu tia Matilde.

—¡Sí! ¡Sí! contestaba la niña, sin comprender todo el sentido de las palabras de su abuela: quiero parecerme á mi tia, para que todos me quieran tanto como á ella.

Emilia no echaba de menos el castillo de sus padres; la casa de su tio parecíala mucho mejor: allí nadie reñía, todos se amaban los unos á los otros; los niños queríanla como á sus hermanas, y en vez de una mamá tenia dos; una en Matilde y otra en Enriqueta.

En cambio, los dias que su abuelita la llevaba consigo á Montbrison, adonde Paulina venia en la temporada de los baños, pasaba la pobre muy malos ratos, porque su mamá, en vez de acariciarla, decia: ¡Imposible me parece que haya dado á luz un mónstruo semejante. ¡Cuidado si es fea la chiquilla! Y la jóven criatura, rechazada por su madre, buscaba un refugio en los brazos de Matilde, que besaba sus párpados, encendidos é hinchados á fuerza de llorar... El recuerdo de las amarguras sufridas en la niñez, inspirábala una compasion tan tierna, que á no ser por los correctivos de su querida hermana Enriqueta, de fijo que la hubiera mimado con exceso.

—Déjala que conozca su falta de atractivos, decia la preceptora de Matilde. Así pondrá cuidado en adquirir los mas durables.

—Tienes razon, hermana, tienes razon, contestaba Matilde, poniéndose colorada, me haces sentir que tu ahijada Enriqueta sea tan bonita.

—Su madrina es hermosa, y no por eso deja de ser buena y amable, saltaba diciendo el abuelito. No parece sino que la belleza está reñida con la bondad.

Entonces era Enriqueta la que á su vez se ponía colorada, y Mad. de Adhemar suspiraba pensando en su hija, y en la educacion que habia recibido; hubiérala yo exagerado menos la importancia de la belleza, decia entre sí la triste madre, y otra hubiera sido...

Paulina vivió algunos años en París, haciendo una vida tan desarreglada, que acabó por alterar su salud; todavia era jóven y ya parecía una vieja; el colorete habia resquebrajado su cutis; los insomnios habian hinchado sus ojos; las malas pasiones le habian dado una espresion odiosa; en su marchito semblante se adivinaba la verdadera fealdad, la fealdad del alma, que como la del cuerpo, aumenta con los años.

Lo particular era, que al paso que iban disminuyendo sus atractivos, iban aumentando sus exigencias; su vanidad llegó á ser tan ridícula, que todos sus adoradores huyeron uno tras otro... Al verse sola, desdeñada por los hombres, aborrecida por las mujeres, adulada únicamente por algunos parásitos cuya bajeza no podia menos de irritarla, vacío el corazon de todo afecto, vacía la cabeza, sin amor al trabajo, ni al estudio, ni á nada. ¿Qué iba á ser de ella?... ¿Qué haria para distraerse? Por último, se acordó de que tenia una hija y una madre, y resolvió partir á Montbrison.

En efecto, arribó al castillo... Mad. de Adhemar y su nieta fueron á vivir con Paulina, pero ni la una ni la otra se hallaban á gusto. La primera suspiraba de continuo, comparando el órden, la economía, la paz y el regocijo que reinaba en la casa de Matilde, con la bataola, el despilfarro, las riñas y lamentos, que hacían de la casa de su hija un infierno abreviado. La segunda echaba de ménos á sus dulces compañeras, á sus cariñosas mamás, á los dos abuelitos y sus divertidas historias. Solo era feliz el día que Matilde alcan-

zaba licencia para llevársela. Estas licencias fueron prolongándose de día en día.

—Yo no sé hacerme querer, dijo Mad. de Daville á su prima; no soy capaz de dar á mi pobre hija una educacion mejor de la que yo recibí de mi madre; tú sabrás educarla de modo que como tú, sea dichosa; esa es la gracia que te pido.

—Y la que yo te concedo muy gustosa; yo la enseñaré á que te quiera como aprendí á quererte, como ahora quiero á tu mamá.

—Sí, sí, ahora lo conozco aunque tarde, dijo Paulina vertiendo un mar de lágrimas: pareciéndose á tí Matilde, y no á su triste madre, será Emilia dichosa. Yo, ¡pobre de mí!... ¡Soy desgraciada, muy desgraciada!... y nadie me compadece; no tengo ni siquiera una amiga...

—Tienes dos muy sinceras, exclamaron á la vez Matilde y Enriqueta. ¿Te has olvidado de que lo somos?

—Lo que sois en realidad, es muy buenas, y por eso me teneis lástima; pero es imposible que me ameis, como es imposible ya que me corrija.

—Nunca para el bien es tarde, contestáronla entrambas; vuelve tu corazón á Dios, y él te prestará su ayuda... Nunca la niega cuando se la pedimos con la firme intencion de corregir nuestros defectos.

Paulina, vencida por el dolor y el arrepentimiento, lloró sus faltas, pero no tuvo tiempo de corregirlas. Una ictericia horrorosa la llevó en breves días al sepulcro... la infeliz alcanzó el consuelo de verse rodeada de una familia que la prodigaba los cuidados y los auxilios de la medicina, de la amistad y de la religion.

Pocos días antes de su muerte, pidió un espejo, miróse, y exclamó: ¿Qué se ha hecho aquella hermosura de que tan envanecida estaba? ¡Oh, Matilde! ¡Qué diferencia! Tú, ahora estás embellecida, y cuando el tiempo arrugue tu semblante, no por eso dejarás de ser amada... porque tu belleza no la marchitan los años... ¡Ténlo presente, hija mía! exclamó, besando á la llorosa Emilia... No te importe ser fea... la bondad, la benevolencia, el buen sentido, la sana instruccion, el amor al trabajo, la piedad, las virtudes todas; en una palabra, la belleza moral, es la que nos procura una vida feliz, una vejez honrada y una muerte dichosa.

MICAELA DE SILVA.

A UNA NIÑA.

Qué me importan las chispas abrasadas
De negros ojos, contemplando en ellas
Las pupilas arder enamoradas,
Si no hay ojos dormidos, niña mía,
Ni mirada serena
Cuál la mirada tuya, siempre llena
De dulce y virginal melancolia.

Si del alma el reflejo
Tiene en los ojos transparente espejo;
Si el alma que tristísima suspira
En los ojos se mira;
Si con tranquila y perezosa calma,
Sale á los ojos el color del alma;
Dios quiso, en dulce y amoroso anhelo,
Al lanzarte del mundo en los abrojos,
Vestirte el alma de color de cielo,
Y por eso es azul el limpio velo
Que copia el alma en tus azules ojos.

Yo he visto el rayo con que apenas arde
En la neblina oscura
El trémulo lucero de la tarde;
Yo he visto sobre el rio
Elevarse en vapor hasta la altura
La blanca nube que lloró rocío;
De la luna naciente
He visto descender la luz de plata
A dormirse en la fuente
Cuyo cristal movable la retrata;
Mas nunca mi soberbia fantasía
Ha visto tanta luz, ni tanto cielo,
Ni tanta virginal melancolia,
Cuál la que ocultan como hermoso velo
Tus párpados de blanco terciopelo.

Mirada que en mis sueños adivino,
Y en éxtasis adoro;
Mirada cuyo rasgo peregrino
Dibuja un ángel con pincel de oro;
Mirada pura, angelical, tranquila,
Crepúsculo indeciso que desmaya
Entre la niebla azul de tu pupila;
Mirada seductora,
Mirada triste que sin ecos gime
Y sin lágrimas llora,
Mirada de consuelo
Concedida á la cándida doncella
Para mirar al cielo,
Y al cielo hermoso remontarse en ella.
Mírame así, con dulce desvarío,
Entre las nubes del rubor velada;
Tu mirada es la luz del pecho mio,
Y al cielo me alzaré, que tanto ansío,
El divino escalon de tu mirada.

A. F. GRILO.



VARIEDADES.

APUNTES ACERCA DE UN GRAN POETA.

Ludovico Ariosto abrió sus ojos al mundo por primera vez en Módena, el 8 de Setiembre de 1474.

Su padre era un noble caballero de la corte de Ferrara, que en su juventud sirvió de mayordomo al Duque Hércules I, y que desempeñó distintas embajadas en las cortes de Roma y Francia.

Ludovico fué el primero, de diez hijos que tuvo, y desde su niñez empezó á mostrar, hasta en los mas pueriles juegos, su pasión por la poesía y sus brillantes disposiciones: componía tragedias que representaba con sus hermanos, y entre otras hizo la de *Piramo y Tisbe*.

Distinguióse extraordinariamente en un colegio de Ferrara, en el cual, apenas adolescente, pronunció para la apertura de un curso una elegante alocucion.

Su padre le obligó á que emprendiera el estudio de las leyes, y le aconteció lo que á todos los hombres y poetas de génio: miraba con aversion los libros forenses, y se dedicaba sin gusto y sin capacidad á una carrera que tanto se oponía á su inclinacion natural.

Por fin, despues de cinco años, obtuvo permiso para entregarse á su favorita pasión, la poesía. Tenia entonces veinte años.

Por sus composiciones italianas y latinas se hizo conocer del Cardenal Hipólito de Este, hijo del Duque Hércules. Aficionóse al trato de Ariosto, y reconoció en él además otros talentos, hízole gentil-hombre suyo, y le encomendó diferentes comisiones delicadas.—Alfonso, hermano de Hipólito, y sucesor en el Ducado, continuó dispensándole su proteccion.

En este tiempo, y en la corte de Ferrara, fué cuando Ariosto, rodeado de placeres, escribió su inmortal obra *Orlando furioso*. Compúsole en cuarenta cantos, muy distintos de los que han llegado á nosotros; pero era tan superior á lo que hasta entonces se habia visto en el género, que elevó al mas alto grado su reputacion poética, eclipsando la de todos sus rivales.

Hallándose Hipólito en la necesidad de marchar á Hungría, quiso que Ariosto le acompañara, pero éste se excusó con lo débil de su salud, insistiendo en permanecer en la corte, por lo cual le retiró su gracia el Cardenal, conceptuando ofensiva su resolucion.

Permaneció Ariosto en Ferrara en una situacion lamentable tocante á fortuna, y aunque el Duque Alfonso le admitió á su servicio, y era generoso y desprendido, nunca le recompensó como merecia.

En 1522 le nombró jefe de una parte montuosa y salvaje de sus estados, infestada de salteadores y malhechores, reliquias de las facciones que habian agitado el país. Ariosto consiguió en poco tiempo reconciliar los ánimos y atraerlos á una sumision completa. Allí fué donde le ocurrió una aventura con Pacchione, capitán de bandoleros, que prue-

ba cuán grande era la estimacion que se le profesaba y el afecto que supo granjearse.

Viajando el poeta con otros seis ó siete subalternos suyos que como él iban á caballo, llegaron á un paso peligroso; mas divisando sentados á la sombra de unos árboles, bastantes hombres armados que les parecieron sospechosos, trataron de desviarse de ellos lo mas aprisa que les fué posible. Cuando se iban alejando, el jefe de la partida detuvo al último de los que acompañaban al poeta, y le preguntó con ceño, quién era su amo. Tan pronto como dijo que Ariosto, corrió Pacchione á saludarle respetuosamente, pidiéndole perdon por no haberle hecho honores á su paso, y añadiendo que tenia la mayor satisfaccion en ofrecerle sus servicios y en tributarle el mas vivo homenaje de admiracion.

No estaba satisfecho Ariosto con la primera publicacion de su *Orlando*, á pesar de la estima que alcanzó en Italia y de las ediciones que del poema se hicieron, por lo cual se empleaba sin cesar en corregirlo.

Hizo viajes para oír los consejos y la opinion de los hombres más esclarecidos de la época; y aprovechándose de sus advertencias y de sus críticas, lo publicó de nuevo en 1532, adicionado considerablemente, tal como se encuentra hoy. Al ímprobo trabajo que exigió esta última edicion, se atribuye la enfermedad que al cabo de ocho meses de padecimientos le ocasionó la muerte, á los cincuenta y nueve años de edad, en 6 de Junio de 1533.

Como expresamente dejó ordenado, su cuerpo fué sepultado sin pompa ni aparato en la antigua iglesia de San Benito.

Durante cuarenta años permanecieron encerradas sus cenizas bajo una humilde losa, donde no se veia otro símbolo de su gloria que los versos latinos é italianos de los poetas que visitaban su tumba.

En 1573 un noble de Ferrara, discípulo de Ariosto, hizo erigir á sus expensas en la nueva iglesia de los monjes benedictinos un sepulcro de mármol al que trasportó con sus propias manos los restos del gran poeta, el día mismo en que se cumplia el aniversario de su muerte. Cuarenta años despues un nieto suyo hizo construir á su memoria otro monumento más suntuoso que el primero, en el cual no se sabe qué admirar en primer término, si la hermosura de los mármoles, la belleza de las estatuas y alegorias, ó el buen gusto y elegancia de la arquitectura. Los restos fueron traspasados nuevamente á este sepulcro.

No vamos á hablar ahora del carácter personal de tan insigne vate, ni mucho menos de la índole y cualidades propias de sus obras poéticas. Para lo primero se necesitarian datos difíciles de aducir: para lo segundo se requeriria largo tiempo, mucho espacio y profunda crítica. Su nombre es bastante conocido en el mundo de la inteligencia para que nos creamos obligados á repetir que es gloria legítima de Italia y admiracion de la humanidad. *Orlando furioso* ha merecido y obtenido el honor de hallar eco en las principales lenguas del mundo.—Ariosto vivirá siempre.

N.

MODAS.

Explicacion del Figurin de peinados.

Núm. 1. *Peinado para jovencita*, compuesto de dobles bandós, castaña y tirabuzon al costado.

Ejecútase este sencillo peinado abriendo raya en medio de la frente y otra transversal, rizando la parte superior de cada rizo, y colocándolo en bandó caído sobre la frente; se levantan sobre él la parte de cabello de la sien, con lo que resulta un bandó hacia arriba y otro hacia abajo, llevando las puntas al tronco del pelo de atrás, y haciendo con éste una gran castaña con armadura de crepé. Un tirabuzon postizo á cada lado de la castaña, una rama de rosas, y tres cintas de oro sobre los bandós, adornan este peinado.

Núm. 2. *Peinado sencillo para traje nupcial*, formado por bandós vueltos y moña de cocas.

Ábrese raya para este peinado como para el anterior, y se levanta el pelo de cada rizo en bandós, vueltos sobre armadura, aguzándolo de la frente para que formen una María Stuard. El pelo de detrás se divide en muchos ramales, haciendo con cada uno una coca que redondee la cabeza, viniendo á descansar hasta los mismos bandós. Corona de azahar con grupo de las mismas flores entre ambos rizos, termina el tocado.

Núm. 3. *Peinado de sociedad de gusto chino*, con corona de sortijas de pelo y moña alta.

Se abrirá, para ejecutar este peinado, solo una raya de oreja á oreja, sujetando todo el cabello de atrás en tronco, y formando con crepé una castaña alta: el pelo de adelante se peina á lo chino, y se sujeta á corta distancia de la frente con un cordón, separando este pelo en mechass, que se baten lijeraente y se recojen en círculo, que se prende sobre el cordón, con horquillas pequeñas. De este modo se forma una corona alrededor del rostro, procurando hacer mayores progresivamente los círculos mas bajos, y mas pequeños los del centro. Corona de flores.

Núms. 4 y 5. *Peinado para teatro*, compuesto de erizon separado en mechones, moña de cocas, trenza y tirabuzones postizos.

Se ejecuta este peinado abriendo solo una raya transversal, como para el anterior, y sujetando todo el cabello de atrás en tronco: con el de adelante se forma un erizon bajo, de mechass levantadas y lijeraente retorcidas sobre el índice, lo que les hace marcar la separacion unas de otras, partiendo una trenza postiza de debajo de las mechass del lado izquierdo á descansar sobre las del derecho, como una media corona. El pelo de atrás se sube á la parte superior, se pone una moña postiza de tres cocas, y con el natural se forman otras que ocupan el espacio entre la moña y los rizos. Algunos tirabuzones lijeros detrás de la oreja, y una rama de flor enredadera, completan el peinado.

Explicacion del pliego de Dibujos y Patrones.

Núm. 1. *Cenefa* para enagua, bordada al *pasado* y *arenilla* con algodón grueso: el tronco debe ocultar el cosido del jareton.

Núm. 2. *Cuello Van-Dyck*, festoneado, con un bodoque en cada onda y ramo en las puntas, bordado á *plumetis* en muselina fina.

Núm. 3. *Puño correspondiente*.

Núm. 4. *Cifra al pasado y la inglesa*, para ropa de cama.

Núm. 5. *Idem*, bordada al *pasado* y punto ruso, con lana de color: corona de conde.

Núm. 6. *Cubierta de acerico*, bordada al *pasado* y *guipure*.

Núm. 7. *Pañuelo*, bordado al *minuto* con jareton.

Núm. 8. *Cenefa rica*, para enagua ó traje de niño, bordada al *pasado* con embutidos de malla guipure en los cuadros.

Núm. 9. *Pañuelo rico*, bordado con *aplicacion* de batista sobre tul, y centro de batista.

Núm. 10. *Cenefa*, bordada con *trencilla* y á la *inglesa*.

Núm. 11. *Otra idem*, bordada á punto ruso.

Núm. 12. *Otra idem*, al *pasado*.

Núms. 13 y 14. *Escudos*, bordados á *plumetis*, para pañuelos.

Núms. 15, 16, 18 y 19. *Nombres*, bordados á *plumetis*.

Núm. 17. *Otra idem*, á punto Méjico, con negro ó color.

Núms. 20, 22 y 24. *Cifras*, bordadas á *plumetis*.

Núms. 21 y 23. *Cifras*, bordadas á punto ruso con negro ó color.

Los patrones que van á la espalda son: el núm. 1 y 2, *delantero* y *espalda* de una figara guarnecida de encaje que no lleva costadillo, uniéndose una á otra pieza en el bajo solo por el adorno. Esta figura, hecha en tul negro, para acompañar á trajes blancos, es del mejor efecto. Los números 3, 4 y 5, son el primero *delantero* de un *cuerpo de estola*, y los otros dos la *espalda*; este cuerpo, que va solo unido del hombro y sujeto en el talle por un cinturón igual á él, se coloca sobre el cuerpo del vestido de otro color, y está muy admitido para trajes de campo.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.